

"LAS MENINAS" DE PICASSO O PARAFRASIS DE VELAZQUEZ

Cuarenta y cuatro son los lienzos *sugeridos* por Velázquez y sus «meninas» a Pablo Ruiz Picasso (1).

También a Picasso una tauromaquia genial le *sugiere* otra muy suya.

Se ha dicho que estas obras son la constante gimnasia, ejercicio o juego cuasi deportivo en que Picasso quema su tiempo, un *tempo largo* que se remonta en el parafraseado, a la época de sus copiosas versiones de «Les femmes d'Alger» de Delacroix, o a la fase post «fauve» de Matisse.

Francamente no lo creemos. No creemos que Picasso, algo tan serio como un bético, haya dejado pasar un tiempo precioso por consciente, en juegos o ejercicios de parafraseo. Más bien aseguraríamos que pese a la broma con que ha querido tomar todo el joven malagueño, no ha podido y no ha querido liberarse de la constante española en el arte de la pintura.

No va en demérito de Picasso nada de lo dicho hasta ahora, sino más bien como elogio.

Goya, cuando pinta «La Maja desnuda», no hace otra cosa que pintar de frente a la «La Venus del espejo», de Velázquez, y Velázquez cuando pinta el friso de rostros estupendos de «La Rendición de Breda», no se ha desprendido aún de los retratos grequianos del *entierro del señor de Orgaz*.

Cuando Picasso intenta en una mancha digna de las interpretaciones libres de las formas fortuitas de Hermann Rorschach, liberarse «de lo español», le sale un torero de montera rondeña que va a la plaza en automóvil.

Lo más que consigue el andaluz es, en forzada pirueta intelectual, la incongruencia y la paradoja.

El mismo, no quiere más, ni lo intentaría seriamente.

Con Goya, con Velázquez, aunque haya intentado una vez más la broma de la oposición, que no lo es, lo único que nos ha brindado, aparte la paráfrasis, es la radiografía, la síntesis o el armazón a una constante artística que es casi una constante histórica, pues aún ninguno, ni históricamente, ha conseguido salirse de los salones.

Existe efectivamente entre Picasso y TODOS, una oposición provocada por el pintor. Es el pez que le agrada nadar contra corriente, y así cuando todos estamos de acuerdo en proclamar como dogmática la pintura velazqueña, como pintura acabada, pintura absoluta, imagen sujeta y aquietada, sin posibilidad, por perfecta, de rectificación y de avance, él, repito, viene a desdibujar, a esquematizar y a deshacer lo hecho como un niño travieso desharía un ingenio mecánico.

Los ojos, como prismas novísimos de una nueva creación del mundo, descomponen los colores y las formas se estratifican.

Si Velázquez, con retina fotográfica capta y sujeta el instante en las «meninas», y eterniza en placa el movimiento inacabado de una pierna al ir a subir un escalón, Picasso en la oposición, pero en la misma constante de la pintura española, reanuda el movimiento.

Descongela la imagen, desfosiliza de su pétreo molde a las formas y todo se convierte en una vibración cromática, incongruente, desbordada, y desafiada. Es, en suma, una gráfica movida y descoyuntada.

Cuando en Velázquez todo es sobriedad y finura, cuando todo está medido conforme a unos cánones propios y perfectos, llega la pescadilla y se muerde la cola. Nos encontramos entonces *al otro extremo colindante*, la mediocridad junto a la genialidad, la simplificación junto a la contorsión barroca. Es entonces



cuando se hace esencial lo convencional, y la naturalidad del uno produce la pirueta inestable del otro, lo que uno aquietta, el otro le da movilidad.

En esto ha consistido en suma el ejercicio de Picasso ante las «meninas» velazqueñas, en parafrasear, a la postre, y humorísticamente, lo que no tiene parafraseo... pero que a *Picassos varios* les hace volver a la constante de la pintura española.

Esa constante, en que España por virtud de sus genios universales en la pintura, esa constante, repito, por la cual el problema espacio-tiempo se resuelve silenciosamente —mucho más naturalmente que cuando fué enunciado literariamente por Bergson y Proust, los cuales con sus famosas teorías llegaron tarde—, en una expresión de la mecánica cuasi visual de la metafísica.

Ortega señala que Velázquez pinta el tiempo. ¿Qué tiempo, nos preguntamos nosotros? Ninguno. Luego es el espacio el único que admite unas vibraciones que se estructuran sistemática y periódicamente, dada una velocidad y una intensidad.

Las manos de «Pablillos de Valladolid» están volando como mariposas en el *entierro del señor de Orgaz* y Menipo y Esopo llevan sardinas en los bolsillos a lo Solana.

Picasso, al jugar a lo español, se encuentra un día ante Velázquez y opta por la radiografía. Al poco tiempo nos da y nos descubre unas meninas y unos infantes con internas armazones de madera, cual gigantones y gigantillas de feria.

La comparsa goyesca de «La familia de Carlos IV», no sabemos en qué carnaval la hemos visto. Quizás en un lienzo de Solana, pero desde luego en la constante línea de la pintura española, Picasso incluido. —F.

(1) Estos lienzos fueron expuestos por primera vez en la Galería Louise Leiris, de París.